

El mentidero de la Villa de Madrid



Mentidero de las Gradas de San Felipe el Real

Nº 751 Viernes 12 de Mayo de 2023

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ Sin duda los ríos y regajos son deliciosos, *Emilio Álvarez Frías*
- ✚ Europa también señala a Sánchez por su papel con Marruecos, *El Debate*
- ✚ Lo obligatorio y lo prohibido, *Juan Van-Halen*
- ✚ Legislan ridiculizar a la familia, *Isidro García Getino*
- ✚ Petro y los aplausos, *Jesús Cacho*
- ✚ Putin, el verbo y la idea, *Sertorio*
- ✚ Podcast: Esclavitud moderna, *Hija de Cortés*
- ✚ Esa delincuencia llamada okupa, *Jaume Baró i Queralt*

Sin duda los ríos y regajos son deliciosos

Emilio Álvarez Frías

Da hemos dicho que los ríos, como los arroyos o los regajos, nos privan. Hemos acampado no pocas veces próximos a sus cauces, y nos hemos bañado en sus frías aguas, intentando –¡oh cándidos osados!– coger con la mano, sin conseguirlo, las alegres truchas como lo hacía con facilidad un amigo mío original de Rascafría. Y nos gustan los grandes caudales por los que se puede navegar. Pero ello no quiere decir que vayamos a preferir cambiar



la contemplación del discurrir de las aguas por la condena a carecer del agua que necesitamos para vivir. Ni aunque diga la ONU o la UE que hay que dejar a las aguas deslizarse libremente por sus cauces porque eso es lo que demanda la naturaleza y los peces que las habitan Ni nos impele con ello cumplir la Agenda 2030 porque lo han dicho unos cuantos energúmenos que

no tienen ni pajolera idea. Ahora no nos dicen ni pío, como sería su deber, de qué hacemos para dotar de agua a la gente que la necesita para beber, para asearse, para producir en el campo la comida que todos necesitamos, para que las centrales eléctricas aporten la luz que precisamos en casa y, con ello,

puedan funcionar miles de empresas que dan de comer a millones de personas.

Por supuesto que nos privan los cauces de los ríos y disfrutamos viendo cómo los peces se mueven por ellos mejor que nosotros por las calles de las ciudades. Y nos gusta pescar las truchas que regodean por las aguas frías de montaña, o los barbos, esturiones y una gran variedad que se extienden por las distintas cañadas del mundo entero, y, ¡cómo no!, entre ellos la lamprea que visita todos los años el Miño para desovar, es decir, el hiperoartio que ya los romanos degustaron como un manjar de privilegiados.

En beneficio de los peces, Pedro Sánchez, impulsado por los ecologistas de cabecera, ha empezado a destrozarse no pocas presas, embalses y azudes que suministraban el agua necesaria a los lugares próximos a sus emplazamientos. El destrozo que ha hecho hasta ahora es enorme, cerca de 200 presas y



azudes, prácticamente la mitad del conjunto de toda Europa. Gastando millones para destruir millones. Antes de hacer ese desmán, Pedro debería haber consultado

documentación al respecto de entre los informes existentes, que los hay en abundancia, como el que tenemos en la mano de Fernando del Pino Calvo-Sotelo, economista y empresario que forma parte de la Junta Directiva de la Asociación Madrileña de la Empresa Familiar, quien en su rincón FPCS (*Nec laudibus, nec timore, sed sola veritate*), junto a un amplio manojito de artículos sobre el particular, tiene el titulado *Sequía y demolición de presas* que deberían haber tenido en cuenta todos los cegados por el tema del cambio climático con objeto de informarse un poco al respecto y no estar haciendo tanta tontería y disparate.

Deshacer todo el trabajo realizado durante el franquismo es una sandez que costará mucho dinero a los españoles, además del que se están gastando en el destrozo. Tomemos un párrafo del trabajo antes señalado de Calvo-Sotelo para espabilar a tanto imbécil que sigue con los ojos tapados, a los defensores del ecosistema natural: «Las presas fueron inventadas para asegurar regadíos y reservorios de agua potable, aprovechar las lluvias y evitar inundaciones. Las más antiguas se remontan a comienzos de la Edad Antigua: la presa de Jawa, en Mesopotamia, se construyó en el 3000 a.C. y la de Marib, capital del reino de Saba, alrededor del 2000 a.C.». ¡Y los listos de ahora, en vez de construir más, las destruyen!

Es más. Si la ministra y alguno de sus compinches buscaran por los archivos del ministerio, se encontrarían con los estudios que se realizaron respecto al trasvase de aguas de unas cuencas a otras, con el fin de aprovechar al máximo

las lluvias que puedan caer sobre el territorio nacional, llevándolas allí donde las precisaban en lugar de dejarlas perderse en el mar. Pero la inteligencia desbordante de los individuos de las comunidades autónomas consideraron que las aguas que pasaban por sus tierras eran solo de ellos y para ellos e impidieron pudieran trasladarse de unos lugares a otros mediante conducciones adecuadas de forma que no se perdieran las sobrantes de los ríos, así como tampoco todas las que se desperdician cuando las lluvia inundan determinados lugares, que ni la necesitan.

Fernando del Pino Calvo-Sotelo termina su trabajo con un campanazo que debería ser tenido en cuenta por nuestros gobernantes: «El gobierno, la UE (Bruselas-Davo) y la ONU ha declarado la guerra al campo en nombre de una ideología enemiga del hombre. Sin embargo, nunca habrían podido llegar a estos extremos sin la complicidad de otros actores, como los medios de comunicación, que aplican la censura, estigmatización al “negacionismo” (ellos, que ignoran los datos más elementales) e imponen la ideología climática como dogma de creencia obligada, bajo pena de ostracismo».

Pensemos que en no poco tiempo deberá tomarse este problema en serio, y esperamos que vuelvan a construirse los embalses derruidos y se tenga en cuenta la posibilidad del trasvasar el agua entre cuencas. Para que, incluso, algunos sequeadales de España puedan convertirse en vergeles como han sabido hacer los israelíes aprovechando las aguas del Jordán. Y si los memos de la ONU o de la UE se quejan, con su pan se lo coman.

Europa también señala a Sánchez por su papel con Marruecos

El Parlamento Europeo ha señalado a Rabat como probable responsable del espionaje al móvil de Sánchez, que debe una explicación urgente a los españoles

El Debate

Lo que era una probabilidad, es desde ahora casi una certeza: Marruecos espía a Pedro Sánchez hace dos años, y le sonsacó 2.6 gigas de información del teléfono personal que utiliza como presidente del Gobierno.

Ésa es la conclusión formal de la comisión de investigación del «Caso Pegasus» en el Parlamento Europeo, con todas las prevenciones que este tipo de informes merecen, que también ha legitimado las escuchas a 18 líderes separatistas catalanes, todas con respaldo judicial, aunque no con la debida contundencia: le ha sobrado, sin duda, alimentar la



absurda sospecha de que pudieron cometerse abusos y de que, por ello, es necesario ampliar la investigación y reformar las leyes que dan cobertura al trabajo del CNI.

Lo relevante, no obstante, es que señale a Rabat como inductor de una invasión de la Seguridad Nacional y que, además, lamente la poca información disponible por decisión de la Moncloa, con una actitud sorprendente: en lugar de tener la máxima colaboración de la víctima para esclarecer los hechos; ésta se ha convertido con su opacidad en el mejor aliado del culpable.

El silencio de Sánchez en este capítulo, que le ha llevado a ignorar a Europa y a ningunear las reiteradas exigencias de explicaciones formuladas en el Parlamento, avala todas las sospechas, agravadas por la secuencia de decisiones adoptadas por el presidente tras ser espiado.

Porque inmediatamente después de esa inquietante injerencia, Sánchez hizo



justo lo contrario a lo que cabría esperar de un custodio de los intereses nacionales: en lugar de pedirle aclaraciones a Marruecos y dárselas a la sociedad española, el jefe del Ejecutivo se doblegó ante Rabat y cedió la

posición de la nación en el Sáhara, un protectorado durante medio siglo.

Y lo hizo, como ha revelado *El Debate* en sucesivas informaciones documentadas, tras permitir un año antes la entrada clandestina en España del líder del Frente Polisario; obviando al Rey e ignorando la oposición mayoritaria del Congreso de los Diputados, incluida la de sus socios.

¿Qué le llevó a Sánchez a imprimir ese volantazo, de manera personalísima, en un asunto de Estado? ¿Fue el espionaje de Marruecos, y lo que obtuviera de él, la razón de ese giro inexplicado? ¿Qué sonsacó Rabat del teléfono móvil del presidente del Gobierno?

La mera duda es inaceptable, y obliga a darle a este asunto la categoría institucional, parlamentaria y judicial que sea menester para obtener las respuestas que Sánchez le está hurtando, de manera escandalosa, a la ciudadanía.

Porque un presidente no tiene derecho a convertir en una especie de secreto de Estado lo que, en realidad, amenaza al Estado. Y mucho menos a pagar con intereses nacionales presuntos problemas privados, una sospecha certificada también por Europa.

Lo obligatorio y lo prohibido

Nuestra vida camina, y en el caso de España la realidad es tan evidente como preocupante, hacia un totalitarismo extremo en el que lo que no está prohibido es obligatorio

Juan Van-Halen (*El Debate*)

Escritor. Académico correspondiente de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando

La vicepresidenta Yolanda Díaz, la que a menudo discrepaba del Gobierno al que pertenece hasta que Sánchez le dio la alternativa, quiere limitar las compras de viviendas si no son para vivir, dificultar las hipotecas de tipo variable, y que los contratos de alquiler sean indefinidos –supongo que con derecho a okupación–, además de facilitar una casa a los inmigrantes ilegales. La gentil facultativa Mónica García, la que cobró durante meses dos sueldos sin renunciar al que tenía en la Asamblea de Madrid e ignoraba que su marido cobraba el bono social térmico, quiere vigilar a los madrileños ligones regulando las aplicaciones de citas por internet. La ministra Ione Belarra, muy fina ella, declara en una entrevista que le dan suerte las bragas moradas, natural, y que acaso por el influjo de esa prenda existe la Ley de Vivienda. Conversación muy normal en una ministra del Gobierno de



España. Supongo que el uso del morado en lencería no llegará a ser obligatorio.

El filósofo italiano Giorgio Agamben, investigador de la lógica deóntica, afirmaba en noviembre de 2022: «La zona de lo lícito se reduce cada día y una hipertrofia normativa sin precedentes tiende a no

dejar ningún ámbito de la vida humana fuera de la obligación y la prohibición». La deóntica, que atañe a las normas y a las ideas normativas, ha ido aclarando que de las cinco categorías de las acciones humanas –lo obligatorio, lo loable, lo lícito, lo reprobable y lo prohibido– las centrales han sido desterradas por las extremas. Nuestra sociedad se mueve entre lo obligatorio y lo prohibido. Una sociedad en libertad debería abrir su realidad a lo que no merezca desterrarse o imponerse. Según Agamben esa división de las acciones humanas se debe a los juristas árabes. Lo recogió Leibniz en 1671. Para el pensador alemán «todo lo que es justo es posible para aquel que ama a todo el mundo» y «todo aquello que es obligatorio es necesario para aquel que ama a todo el mundo». Pero en el tiempo que vivimos no es así; ocurre lo contrario.

Nuestra vida camina, y en el caso de España la realidad es tan evidente como preocupante, hacia un totalitarismo extremo en el que lo que no está prohibido es obligatorio. Nunca como ahora se ha invadido nuestra intimidad. Se legislan aspectos de nuestro cada día que suponen límites a la libertad. Se lesionan la propiedad privada, el libre albedrío, la movilidad, las relaciones sociales, el ámbito familiar incluidos vínculos paterno-filiales, el trato entre

hombres y mujeres que se presenta como una guerra, la educación de nuestros hijos, los animales de compañía, lo que debemos comer, cómo hemos de suprimir la sempiterna cortesía del piropo, y hasta las relaciones sexuales de pareja. El Estado, desde un Gobierno invasivo, entra en nuestros trabajos, en nuestras casas e incluso en nuestras camas. Todo lo dicta, lo controla y lo dispara porque sí, sin derecho alguno, porque le peta desde un extremismo fanático comunista y socialista radical que se cree depositario de facultades inalienables que no tiene.

Todo ello lleva a convertir en inefectivas normas fijadas en los despachos por quienes nunca se vieron ante decisiones de calado, con falta de preparación, muchas veces ignorancia supina, y desconociendo que su deber y responsabilidad no es gobernar para la minoría que representan sino para el conjunto de los españoles. La llegada del radicalismo izquierdista al poder ha supuesto el ascenso político de unos personajes, más bien personajillos, sin preparación, sin más lecturas que su cartilla ideológica, que no van más allá del argumentario de un mitin partidista y no han asumido su papel con amplitud de miras y pensando en los ciudadanos de un gran país con una historia de muchos siglos detrás.



Unos porque representan la anti-España y otros porque les es cómodo disfrutar de los dineros y de las oportunidades de medrar que les ofrece la caótica situación.

Detrás del desastre, aunque él trate de ponerse de perfil cuando pintan bastos, está Sánchez, un personaje de cartón piedra, un político de medio pelo que nunca pasó de segundón y de limitarse a votar lo que

le ordenaban, lo mismo que ahora achaca a otros, cuando, por carambola, llegó a diputado. Todos los ajustes económicos que ahora critica los votó en su día este hombre sin pestañear, como sin pestañear aseguró que nunca pactaría con Podemos, con los independentista o con Bildu. El gran mentiroso fue retirado de la secretaría general del PSOE al hacerse evidentes sus propósitos. Luego regresó gracias a votos habidos sin transparencia, lo que no pocos ilustres dirigentes de su partido llaman «la votación de la cortina». Él sabrá el motivo.

En pocos años la política se ha convertido en un espacio de insultos, de enfrentamientos, de naderías, y los españoles somos las víctimas. Desde una minoría como nunca tuvo el socialismo, la inoperancia y la desidia de Sánchez, sólo preocupado por salvar su colchón en Moncloa, y con un coro de diputados que miran para otro lado, España está como está. Mintiendo sobre supuestos logros económicos con las peores cifras de la UE, resucitando el guerracivilismo y enterrando la reconciliación que la Transición logró. Está destruyendo a su partido que saldrá muy tocado cuando él pase a ser historia en

letra pequeña. Ellos sabrán lo que hacen. Y, como telón de fondo, la evidencia de prohibirnos y obligarnos al antojo de un seguidismo letal de sus ignaros socios.

Legislan ridiculizar a la familia

Isidro García Getino

Miseria de la ley contra la grandeza de la familia. Si no fuese terriblemente lamentable y baldón para España, sería para retorcerse de la risa. ¡Cuánta memez! Señora Belarra, escóndase en el basurero.

La familia es muy anterior al estado y el estado no puede definir lo que es o no es la familia. «*Contra facta non sunt argumenta*»; (se lo traducimos a la Sra. Belarra y compañía): contra los hechos no existen argumentos.

Lo repetimos con palabras de Chesterton: «La familia es una célula de resistencia a la opresión» + «El futuro de la sociedad no depende del gobierno ni de los ejércitos, depende del matrimonio y de la familia».

La nueva ley de la familia trata, como un auténtico ácido corrosivo, de diluir a la familia; si cualquier cosa es familia, nada es familia. Estamos ante una ley que solo es una pieza más que se saca de la manga la izquierda progre, desde su odio visceral, para destruir la sociedad. Con ello la Belarra se carga, de un legajo, el art. 27.3 de la Constitución, el art. 14 de los Derechos Fundamentales de la Unión Europea y el art.



26 de los Derechos Humanos ¡Muy legal esa ley!

Ni por la definición en cualquier diccionario, ni por comprensión universal del concepto y de la realidad familia, ni por la antropología, ni por similitud con las especies animales más próximas al *homo sapiens*; ni siquiera por lo que los niños más pequeños entienden

como familia; existe el más remoto parecido con lo que la Belarra quiere imponernos. Ese poupurri refrito de su magín está inspirado por los metepatas LGTBIPQ+ que tratan de que no haya ascua que no esté encima de su sardina.

La ideología destructiva no tiene cabida en cabeza humana, por ello entendemos que estos generistas cocineros de legajos deben tener encima de sus hombros algo distinto a cabeza humana.

Diluir para erradicar la potestad de los padres sobre sus hijos y, una vez que los padres han hecho la principal labor, secuestrar a los niños para refundirlos a base de ideología de género y moldearlos a todos tan iguales que ningún padre llegue a distinguir a los suyos. Para mayor burla llaman a eso: libre desarrollo de su personalidad (SU? ¡Pero si son todas iguales!)

¿Libre? Hay que entenderlo en el contexto que esa ley IMPONE: libertad que les OBLIGA a estudiar los 16 tipos de familia. Y eso como doctrina básica de sus conocimientos «universales» del programa «deseducación compulsiva» que comprende: violencia social, violencia intrafamiliar, delincuencia, drogadicción, explotación de personas, hiper-sexualización, corrupción y pederastia. Todo en consonancia con las tendencias woke, queer, cancelación, feminazi, anti-cristiana, y varias más. O sea, toda la esencia del progresismo.

Nosotros, en consonancia con Julián Bozzo, nos abrazamos a que «nuestra esencia tiene su hogar entre las paredes de nuestra familia», y no en la jaula de las mascotas; porque la familia educa con sus armas: proteger, amparar, resguardar, prevenir, amar, exigir y fortalecer. La familia es la barrera que puede reprimir la total des-educación que el gobierno nos impone.

Y eso ni Belarra, ni Sánchez ni Montero, ni todo el gobierno junto saben ni pueden, a pesar de que ¡bien que lo quieren! Ellos entregan a los niños a depredadores que les hacen fluir de género. Estamos ante lo que Lewis decía sobre la abolición del hombre, pero mucho peor aún; se impone el adoctrina-



miento en la perversa ideología de género con absoluto desprecio hacia toda la sabiduría acumulada por la ciencia desde que el hombre es humano y total menosprecio por la gran base social que radica y se sustenta en la familia.

«La relación más básica en la vida, es la relación entre hombre-mujer-

niño. Ninguna filosofía de la vida es buena si olvida este principio» (Lyn Yutang). Unirse una mujer y un hombre en matrimonio es un comienzo. Mantenerse unidos es progresar. Alumbrar juntos una nueva vida es el éxito, pues, como decía la Madre Teresa de Calcuta «el hijo es un regalo de Dios para la familia». Vida que cuidan y educan como ser humano y miembro activo de la sociedad.

¡¡Padres!! Vuestros hijos hoy, aquí, están en terrible peligro. La jauría de políticos y esbirros van a por ellos rabiosamente con su poder, sus leyes y todo su proceder. Van a por los niños furiosamente para debilitarles, hacerles de cristal, aislarles de la familia, sobre-sexualizarles y empobrecer su formación, subvencionarles para lograr holgazanes engañados en todo, crear rebaños y presas fáciles para ideólogos y pedófilos. ¡Vienen por vuestros hijos!

Parfraseando al Papa Francisco: el poder que no sirve al bien común (como pasa en España) se transforma en arrogancia y opresión; se aleja de la justicia, de la misericordia, del respeto a la vida; es autoridad que se queda en mera codicia y destruye a sus ciudadanos en su afán de poder y posesión.

Progresar es humanizar más, y eso lo hace especial y fundamentalmente la familia. Progresar es cultivar, apoyar, ayudar, promocionar y defender a las familias que son el lugar donde todo radica, todo se fundamenta y se socializa. Viene a ser la antítesis de la S del PSOE actual.

Todo lo que va contra la familia o que prescinde de ella, lo que la agobia y la presiona es retroceso, es muy mala política y no mira al futuro, solo mira al caos. Keiserling decía con total sentido común: «Todos los pueblos hostiles a la familia han terminado, tarde o temprano, por un total empobrecimiento de su alma» (fotografía del gobierno de España).

Ser padre, como ser madre, es un regalo; nunca es un derecho. Regalo que conlleva gran responsabilidad; infinitamente más que tener un perro en casa; por eso no es legible; lo infinito no cabe en leyes. Lo infinito ni lo sabe ni lo puede manejar un gobierno. Las familias son la única solución para las muchas «enfermedades» de Europa y las infinitas más que padece hoy España.

Petro y los aplausos

Jesús Cacho (*Vozpópuli*)

El viaje de Gustavo Petro a Madrid ha puesto en evidencia al más alto nivel la actual posición de España en el tablero internacional. Nuestro país no está en la mesa donde se sientan las naciones prósperas, las que participan del sistema de valores que definen las democracias liberales, las que investigan, crecen y crean empleo. Las democracias merecedoras de general respeto. Nuestro país, de la mano del Gobierno social comunista de Pedro Sánchez, forma hoy parte de esa alianza bolivariana que se teje en el llamado Foro de São Paulo y el Grupo de Puebla, ese inframundo en el que pululan cazadores de recompensas como Zapateros, Garzones, Monederos y compañía. De la mano de Sánchez, España ha abandonado el primer mundo para adentrarse en un territorio donde impera la pérdida de libertades y la pobreza. Somos aliados del peor populismo, algo que ha puesto en evidencia



la visita de Petro y que diariamente ratifica la agenda de cambio de modelo socioeconómico puesta en marcha por este Gobierno.

Resulta ocioso insistir en el currículum del actual presidente de la República de Colombia, un tipo que esta semana repasaba sus obras completas en *El País* y parecía enorgullecerse

de su pasado como miembro del M-19, grupo guerrillero especialista en asesinatos, violaciones y secuestros. El caballero lleva años arremetiendo contra España y los españoles con declaraciones pretendidamente ofensivas. «España se ha convertido en una dictadura en Cataluña. En este momento nos sobrevuelan helicópteros. ¿Se repetirá 1936?» (...) «El 12 de octubre se conmemora una invasión, un genocidio, una conquista, un saqueo. Jamás hubo un descubrimiento» (...) Tan cerca como este lunes, primero de mayo, víspera

de su viaje a Madrid, el sujeto arremetía contra «el yugo español de la Corona», lo que no fue óbice ni cortapisa para que horas después se colgara de la pechera el Collar de la Real Orden de Isabel la Católica, la más alta condecoración que nuestro país otorga a un mandatario extranjero. Cosas de comunistas y su falta de escrúpulos cuando se trata de acaparar lo ajeno.

Tamaña exhibición de falta de tacto, siendo caritativos, por parte de un político que se permite zaherir al país que está a punto de visitar, no ha sido óbáculo para que España y sus instituciones le hayan recibido con la mayor de las pompas. Particularmente polémico ha sido su discurso en el Congreso de los Diputados, una intervención que vino precedida por el abandono del hemicycleo por parte de los diputados de Vox, y que la bancada del PP escuchó primero y aplaudió después, con Núñez Feijóo a la cabeza. Alguien tan entrado en razón como Carlos Martínez Gorriarán, articulista de este diario, ha escrito que «esto se llama cortesía parlamentaria a un Jefe de Estado extranjero invitado. Lo estrafalario y desorientado es confundirlo con un mitin local. Se hace con todos. No les invitas para insultarles. Y representan a su país aunque te chirrien. Aplauso obligatorio».



Y uno se pregunta si la cortesía parlamentaria no hubiera quedado plenamente satisfecha con el silencio respetuoso, sin necesidad de aplauso postrero, tratándose de un individuo situado en las antípodas ideológicas de lo que el PP representa, alguien convertido en una seria amenaza para la democracia colombiana y las libertades de sus nacionales. Un marxista confeso, que en reciente entrevista televisada se despachaba de esta guisa con total desenfado: «Y cuando los pobres dejan de ser pobres y tienen, entonces se vuelven de derechas, y viene el problema... ¿Qué hacen esas personas que dejan de ser pobres? Comprarse un carro, y ahí se acaba la humanidad:. Ergo, la obligación de los Petros de este mundo es mantener a la gente en la miseria, porque si sale de ella dejarán de votarles y se acabarán sus garbanzos, que no la humanidad. Se entiende por qué Sánchez ha invitado a este personaje a visitar España. Lo que es seguro es que cuando Petro deje el poder, si lo deja, Colombia será mucho más pobre, el dinero habrá huido, los mejores profesionales habrán salido en busca de una mejor vida, y sus instituciones habrán quedado arrasadas, pero él será un hombre rico, un Pablo Iglesias más, otro marxista convertido en millonario merced a la estulticia de la pobre gente que cree que perseguir la riqueza acabará con su miseria.

El episodio entero de la visita del mandatario colombiano no hubiera pasado de ser una más de las humillaciones –los Estados que no se respetan, no merecen ser respetados- que España está sufriendo con este Gobierno de extrema izquierda, de no ser por la moraleja que encierra en lo que al PP atañe de cara al inmediato futuro. Aplaudir, en efecto, a un ex guerrillero comunista

El episodio entero de la visita del mandatario colombiano no hubiera pasado de ser una más de las humillaciones –los Estados que no se respetan, no merecen ser respetados- que España está sufriendo con este Gobierno de extrema izquierda, de no ser por la moraleja que encierra en lo que al PP atañe de cara al inmediato futuro. Aplaudir, en efecto, a un ex guerrillero comunista

abarloado al narcotráfico durante años, cuyo programa consisten en convertir Colombia en una corresponsalía de la Venezuela chavista, expande, cuando menos, la sombra de una decepción sobre la «calidad moral» de un partido llamado a gobernar España quizá en unos meses, y viene a certificar el tradicional desamparo ideológico en el que sigue viviendo el PP desde los tiempos de Rajoy. Es el viejo manido problema de la ausencia de referentes de un partido que un día optó por convertirse en un frío administrador del aparato del Estado, tras poner en la calle a liberales y conservadores. Una ausencia de referentes en cierto modo lógica, puesto que Génova sigue negándose a librar esa batalla cultural que sería obligada para contrarrestar la paranoia izquierdista que nos anega. Referentes ideológicos, valores cívicos y sólidos principios morales como armas que se antojan imprescindibles para acometer las reformas, muy dolorosas, que el PP tendrá que realizar si llega al poder y quiere convertirse en un partido útil para mejorar la vida de los ciudadanos.

Casi al mismo tiempo que Petro se paseaba por Madrid exhibiendo su inicua doctrina, el diario *El Mundo* publicaba una entrevista con el presidente uruguayo Luis Lacalle, el hombre que ha hecho de la «libertad responsable» su lema («La libertad no significa solamente que el individuo tiene la oportunidad y la carga de elegir; también significa que debe cargar con las consecuencias de sus actos, porque libertad y responsabilidad son inseparables», que dijo Hayek en su *The Constitution of Liberty*), en la que se podía leer la siguiente respuesta a la pregunta de por qué su Gobierno ha bajado impuestos mientras la mayoría los suben: «Al país lo mueven los que todos los días empujan el carro, se levantan a emprender, arriesgar, pensar, el que trabaja ocho horas y hace horas extras. Tiene que haber un estímulo para esa gente, porque no puede ser que pagues más impuestos o que si ganas un poquito más te caiga otra franja de tributación y entonces te desestiman. Tiene que haber un premio. Yo creo en la sociedad de los estímulos, y si el Estado se maneja bien, de forma austera, cumple con los fines esenciales a su cargo, no tiene por qué gastar de más. Y entonces puede darse vuelta y decirle a la sociedad que no tiene por qué volcar tanto dinero a las arcas del Estado». He aquí, resumido, lo que cualquier ciudadano libre le pediría al Estado: que fije un marco legislativo y fiscal que anime el emprendimiento, que premie a quien arriesga y se esfuerza, que gaste lo justo y que no moleste. Que interfiera lo menos posible.



Justo lo contrario de lo que hace Sánchez y su Gobierno. Vivimos estos días el paroxismo de las promesas falsas. Errejón ha anunciado la semana laboral de 4 días. Yolanda Díaz ha elevado la apuesta prometiendo 20.000 euros como «herencia universal» al cumplir los 18 años, y Sánchez, a quien no debe quedarle un colectivo sin intentar sobornar con dinero público, llegó ayer en Murcia al frenesí peronista de anunciar su intención de subvencionar este verano


las vacaciones de los jóvenes de entre 18 y 30 años para que puedan «viajar por toda Europa», además de prometer también la creación de «un interrail español» con ayudas de hasta un 90% en «aquellas infraestructuras ferroviarias y también de autobuses que sean competencia de la administración general del Estado» y, no hay dos sin tres, subvencionar también los viajes en AVE para los jóvenes en el mismo rango de edad. Todo con el dinero del contribuyente. Como si el Estado fuera el patio trasero de su casa. «Nadie ofrece tanto como el que no va a cumplir», que dijo Quevedo.

Vivimos en un medio ambiente moral contaminado. Estamos moralmente enfermos porque hemos tolerado que se nos mienta con el mayor descaro, hemos asumido sin rechistar que el presidente haga justamente lo contrario de lo que promete, aceptado como normal que diga una cosa y resulte otra. Porque nos ha enseñado a no creer en nada, a desconfiar de todo y de todos, a ignorarnos mutuamente, incluso a odiarnos, de modo que, en última instancia, hemos optado por refugiarnos en el santuario de nuestro «yo» más personal. Por eso esta es una sociedad a la deriva, contaminada por la desvergüenza infinita de quien ostenta el cargo de presidente. Esta es la enfermedad que hay que curar, señor Feijóo, el cáncer que hay que sanar, la batalla que hay que librar contra la labor de este Gobierno infame. Barrer de raíz el sanchismo y su herencia, la material y la moral, como una cuestión de salud pública. Y para abordar esa tan gigantesca como hermosa tarea no es buen principio dedicarse a aplaudir a tiranuelos vocacionales de visita por España. Porque Petro no es Colombia, de la misma forma que Sánchez no es España. Y porque, en el largo plazo, el interés público depende de la virtud privada. Espero, dicho sea con todo respeto, que haya sido un simple desliz. Por la cuenta que nos tiene.

Putin, el verbo y la idea

¿Putin, «comunista»? ¡Por favor! Vean lo que dice bien a las claras en sus discursos.

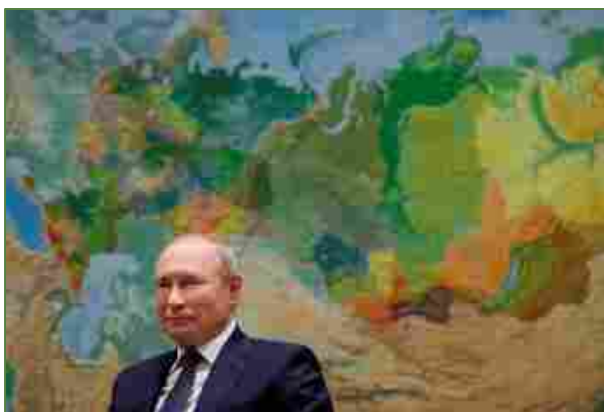
Sertorio (*El Manifiesto*)

 ediciones Fides acaba de publicar *Putin: escritos y discursos*, una interesante selección de los textos más importantes del presidente ruso que abarca desde febrero de 2000 a diciembre de 2022, es decir, la práctica totalidad del período de gobierno del dirigente del Kremlin. El libro cuenta con un esclarecedor estudio introductorio de Juan Antonio Aguilar – uno de nuestros mejores expertos en Rusia y fundador del Instituto Español de Geopolítica– que merece ser leído, sobre todo por el íntimo conocimiento que el autor demuestra de la política rusa, país que ha visitado en numerosas ocasiones y con el que mantiene un intenso contacto. En sus páginas queda reflejado el Putin real, bastante diferente de la imagen del enfermo, del demente y del fanático que pintan los heraldos de la prensa libre.

Pero donde mayores conclusiones podemos extraer de la personalidad y la política del presidente ruso es en sus propias palabras y en sus hechos. Al

poco de llegar al poder, en febrero de 2000, escribió una Carta abierta a sus electores que era un anticipo de su forma de actuar: *«Seguir evadiéndose es mucho más peligroso que aceptar el desafío»*. En esta carta a sus electores lanza un mensaje que se ha repetido sin cesar en las últimas dos décadas: sólo un Estado fuerte puede ayudar a Rusia a salir bien parada de los desmanes de los experimentos liberales de Yeltsin y sus oligarcas. De ahí su apelación a los ciudadanos: *«Probablemente cada uno de ustedes tenga su propia idea de lo que está en la raíz de nuestras derrotas y errores de cálculo. Pero ya es hora de que nosotros, los ciudadanos de Rusia, nos pongamos de acuerdo sobre lo que esperamos del Estado y de qué manera estamos dispuestos a apoyarlo. Ahora estoy hablando de nuestras prioridades nacionales. Sin esto volveremos a perder tiempo en vano, y los demagogos irresponsables decidirán nuestro destino»*. La restauración del Estado ruso y la defensa de sus intereses por encima de imposiciones externas es el norte de la política de Putin. También marca el terreno frente a la intromisión de Occidente en el área de influencia de Moscú: *«Rusia ya no es el mapa truncado de la Unión Soviética [...] Un gran país aprecia su libertad y respeta la de los demás. No es razonable tener miedo de una Rusia fuerte, pero hay que tenerlo en cuenta: ofendernos sale más caro»*.

Respecto a las relaciones de Rusia con la Unión mal llamada «Europea» da bastante pena leer este texto de 2006: *«Rusia, tanto en su espíritu como en sus tradiciones históricas, es una parte natural de la “familia europea”*. No nos planteamos la tarea de unirnos a la Unión Europea. Pero, pensando en la perspectiva a largo plazo de nuestras relaciones, no veo áreas que estén cerradas a una asociación estratégica equitativa, a una asociación basada en aspiraciones y valores comunes». Putin veía una confluencia de intereses entre Rusia y la Unión mal llamada «Europea» que era mutuamente beneficiosa y que, a diferencia de la subordinación a los anglosajones, se conformaba como un pacto entre iguales. Hoy de aquel acercamiento sólo quedan las cenizas. Y del sueño de un espacio eurasiático integrado de las Azores a Vladivostok ni hablamos. Convertida en patio trasero del imperio yanqui, Europa es sólo un nombre. Europa ha muerto. En el discurso de 30 de septiembre de 2022, de admisión de las repúblicas de Lugansk, Donetsk, Zaporozhia y Jersón en la Federación Rusa, Putin señaló que las élites estadounidenses están empeñadas no sólo en abatir a Rusia, sino en *«destruir los Estados nacionales. Esto también se aplica a Europa, esto también se aplica a la identidad de Francia, Italia, España y otros países con una larga historia»*. Y en el mismo mensaje añade: *«Washington exige cada vez más sanciones contra Rusia, y la mayoría de los políticos europeos están de acuerdo dócilmente con esto. Entienden claramente que Estados Unidos, impulsando la renuncia total en la UE a los portadores de energía rusos y otros recursos, prácticamente está conduciendo a la desindustrialización de Europa [...] Estas élites europeas lo saben*



perfectamente, pero prefieren servir a los intereses de otros. Esto ya no es servilismo, sino una traición directa a sus pueblos».

La opinión de Putin sobre Occidente ha cambiado de manera radical en los últimos años y no sólo por consideraciones estratégicas: *«Miramos con sorpresa los procesos que se desarrollan en países que están acostumbrados a considerarse abanderados del progreso. Por supuesto, esos trastornos socioculturales que están teniendo lugar en los mismos Estados [Unidos] y en Europa Occidental no son asunto nuestro, no interferimos allí».* Pero el presidente ruso no puede dejar de expresar su asombro ante la manera cómo los occidentales se empecinan en *«el borrado agresivo de páginas enteras de su propia historia, la “discriminación inversa” de las mayorías en favor de las minorías, o el requisito de abandonar la comprensión habitual de cosas tan básicas como mamá, papá, familia».* Con su perspectiva histórica propia, Putin enlaza esta ingeniería social del liberalismo europeo con lo sucedido en Rusia: *«todo esto ya lo hemos pasado en Rusia, ya lo hemos tenido. Después de la revolución de 1917, los bolcheviques, apoyándose en los dogmas de Marx y Engels, también anunciaron que cambiarían toda la vida, no sólo lo político y económico, sino también la idea misma de lo que es la moral humana, los fundamentos de una sana existencia de la sociedad. La destrucción de los valores seculares, la fe, las relaciones entre las personas, hasta el completo rechazo de la familia –tal fue la siembra y el estímulo de la denuncia de los seres queridos–, todo esto fue declarado un paso de progreso, y [...] en el mundo tenía mucho apoyo entonces y estaba de moda, igual que hoy. Por cierto, los bolcheviques también mostraron una intolerancia absoluta a cualquier otra opinión».*



Leyendo estas páginas, donde manifiesta su admiración por Alejandro II y Alejandro III, por Denikin y Brusílov, dudo que a nadie le produzca otra cosa que desprecio y sorna la muy repetida cantinela del Putin «comunista». Baste con esta cita del Mensaje de 21 de febrero de 2022, muy criticado por los comunistas de verdad: *«Desde el punto de vista del destino histórico de Rusia y sus pueblos, los principios leninistas de construcción del Estado resultaron ser no sólo un error. Fue [...] mucho peor que un error. Después del colapso de la URSS en 1991, esto se volvió absolutamente obvio».*

Y, por supuesto, hay en esta recopilación material más que de sobra para estudiar las crisis de Ucrania y Siria. En los discursos y artículos de Putin, el lector podrá comprobar cómo la opción por un arreglo pacífico con Ucrania no fue definitivamente arrinconada hasta muy poco antes de la Operación Militar Especial.

En el discurso del 1.160 aniversario del Estado ruso, Putin dejó muy clara su idea de Rusia y de la política que necesita: *«Desde hace 1.160 años hemos*

aprendido firmemente que para Rusia es mortalmente peligroso relajar su soberanía o renunciar a sus intereses, aunque sea por un tiempo limitado. La existencia misma de Rusia se ha visto amenazada durante estos tiempos».

«Ya no pueden esperar que cometamos aquellos errores [de los años 90]. No sucumbiremos al chantaje ni a la intimidación, y nunca traicionaremos ni perderemos nuestra soberanía. Al fortalecerlo, estamos desarrollando nuestro país».

«La soberanía es la garantía de la libertad para todos. Según nuestras tradiciones, nadie puede sentirse verdaderamente libre si su pueblo, su Patria, Rusia, no es libre».

Podcast: Esclavitud moderna

Hija de Cortés *(Tradición Viva)*

Actualmente el acceso a internet nos permite tener, prácticamente, el mundo al alcance de la mano. Mas las indudables ventajas de esto, se están viendo eclipsadas por graves peligros, no menos evidentes. Y es que, como es bien sabido, por internet navega una enorme cantidad de contenido pornográfico cuyo consumo produce, entre otras consecuencias negativas: disfunción, depresión, distracción constante, desinterés por actividades cotidianas, cosificación (especialmente de la mujer) y una distorsión de la sexualidad que muchas veces se materializa en conductas agresivas. Esto último, no es de extrañar, ya que el 75% de dichos vídeos muestran alguna forma de agresión. Asimismo, la pornografía provoca una adicción equiparable a la de las drogas por lo que es común que con el tiempo, el usuario desarrolle tolerancia lo cual le lleva; tanto a aumentar su consumo como a buscar material de índole más perverso y violento, a fin de conseguir el mismo efecto.



A pesar de estos alarmantes datos, el consumo de pornografía ha ido en aumento. Cada vez son más personas afectadas y además, a edades más tempranas. De acuerdo con el estudio realizado en el 2020 por la organización «Save the Children», el 70% de los adolescentes ha visto, al menos una vez en su vida, pornografía. Además, se calcula que la edad promedio del primer acceso a un vídeo pornográfico es de 11 años. Por si estos datos no fuesen lo suficientemente aterradores se calcula que, el 44% de los menores que tienen relaciones íntimas reproducen algunas de las prácticas vistas en vídeos pornográficos.

Los datos anteriores son tan alarmantes que deberían llevarnos a buscar poner fin, por todos los medios disponibles, no sólo a la promoción sino a la divulgación de todo tipo de material pornográfico. Desafortunadamente, esto es ampliamente rechazado en una sociedad que antepone la autonomía indi-

vidual sobre la moral objetiva; a tal grado que actualmente, cada vez más voces conservadoras se están sumando a la peligrosísima corriente de, si bien rechazar el contenido pornográfico para menores, excusarlo para los adultos en nombre de la tan cacareada libertad personal.

Hoy en día, varios medios «conservadores» defienden el consumo de pornografía para los adultos. De hecho, hace un par de semanas, dos íconos del conservadurismo de habla inglesa: Dennis Prager y Jordan Peterson asombraron a más de uno al condonar el uso de la pornografía en adultos. Mientras Peterson mantuvo una infortunada posición neutral, contentándose con asegurar que, desde el punto de vista clínico, la pornografía se convierte en un problema sólo si afecta las relaciones personales; Prager fue más lejos al afirmar que la pornografía en sí misma no es mala entre solteros y que aún dentro del matrimonio se debe determinar si el uso de la pornografía es auxiliar (cuando está además del cónyuge) o sustitutivo (cuando está en lugar del cónyuge). Prager, haciendo alarde un sentido moral conservadoramente relativista, afirmó que los hombres quieren variedad y que en ocasiones, la pornografía puede ser un sustituto del adulterio. Vamos, que en otras palabras tendríamos que agradecer a la pornografía que el esposo «no cometa adulterio físico». La vara moral en nuestra sociedad no puede caer más bajo.

Y es que desde la revolución sexual, nuestra sociedad fue desligando la sexualidad de la procreación y de la sagrada institución matrimonial. Con ello poco a poco, se infiltró en nuestra sociedad una mentalidad hedonista que privilegia el placer sobre el sacrificio, la generosidad y la entrega amorosa; creando un ambiente en el cual se promueve la lujuria de todo tipo, siempre y cuando, sea consentida. Al derrumbar, uno a uno los muros de contención moral que no sólo protegían sino que elevaban al conjunto de la sociedad; el estado ha tratado, a través de leyes a cual más absurdas (como la ley de libertad sexual del solo sí es sí) de regular los bajos instintos que, por otro lado fomenta (por varios medios, comenzando por las instituciones educativas) ocultando, también con leyes (como la del aborto) las consecuencias de haber soltado a la bestia que todo hombre, debido a su naturaleza caída, lleva dentro.

La corrupción moral de nuestra sociedad es tal que, aun muchos de quienes nos escandalizamos ante el extendido consumo de la pornografía, nos hemos habituado a espectáculos sumamente sensuales, impúdicos y obscenos; ignorando que, aun cuando aparentemente no son nocivos para nuestro cuerpo, hieren gravemente, y en ocasiones mortalmente, el alma. Y es que si hace décadas comprar cierto tipo de revistas se consideraba, como lo que es, algo



tan vergonzoso que no muchos varones presumían abiertamente de hacerlo, actualmente; las series, las canciones, los libros, las películas y hasta los escaparates comerciales con un alto contenido sexual, son tan comunes, que parecería que la pornografía ha pasado, de la pantalla a la calle y, desafortunadamente, a no pocos hogares.

Desafortunadamente, en nombre de la libertad, de la apertura de mente, de los usos y las costumbres; las modas, los espectáculos y los entretenimientos inmorales se han introducido en muchos de nuestros hogares. A los padres, nos han intimidado a través de los constantes y cada vez más violentos bombardeos de impudicia y a nuestros hijos los han seducido con incesantes novedades. Actualmente, la mayoría de la sociedad rechaza la ley natural y la moral objetiva. Por ello acepta como bueno, lo que la voluntad o deseo de la mayoría define como tal. Hemos perdido de vista que, lo malo sigue siendo malo aunque la gran mayoría lo haga y lo permita la ley, y lo bueno es bueno aunque la mayoría lo rechace. No olvidemos que, en Sodoma y Gomorra lo «normal» era, la depravación.

La adicción a la pornografía se ha convertido en una peligrosísima plaga que está arruinando la vida de millones de personas y que lejos de desaparecer, cobra cada día nuevas víctimas. Nuestra sociedad, en nombre de la autonomía y la libertad se ha hecho esclava de sus peores instintos, olvidando que sólo es libre el hombre capaz de gobernar sus pasiones. La inmundicia en la cual estamos sumergidos pide a gritos la recuperación de la, actualmente tan vilipendiada, virtud de la pureza. No podemos acabar con toda la inmundicia del mundo, pero podemos empezar, por limpiar nuestra casa. La batalla contra la impureza, en un mundo donde impera la impudicia, puede parecer una batalla perdida de antemano. Mas sabemos que, a nosotros sólo nos corresponde luchar. La victoria, es de Cristo.

Esa delincuencia llamada okupación

Se producen en España 83 okupaciones al día. Y uno, ante la inacción de las administraciones y cuerpos policiales, tiene que preguntarse: ¿a qué se debe todo esto?

Jaume Baró i Queralt (*El Manifiesto*)

De un tiempo a esta parte el bombardeo por parte de los medios de comunicación españoles sobre el fenómeno de la okupación es constante, y siempre con un posicionamiento a favor o en contra, en función de la ideología del medio. Este hecho ha producido un importante debate en la sociedad española. Estamos viendo cómo, desde la izquierda, sus líderes no tienen ningún inconveniente en hablar de ello como algo natural, normal y aceptado socialmente. Pero ¿es esto así? No, rotundamente no, el Código Penal español es muy claro: bien sea usurpación o allanamiento, es ésta una conducta delictiva.

Según los últimos datos publicados por el Sistema Estadístico de Criminalidad del Ministerio del Interior, durante el primer trimestre de 2023 se habían producido en España la escalofriante cifra de 3.898 casos, recogidos por la policía nacional, Guardia Civil, policías locales y autonómicas sin contar la vasca. Es decir, si contásemos a ésta y le añadiésemos las personas que han sufrido este hecho delictivo y no lo han denunciado, la cifra sería muy superior.

¡Estamos hablando de 83 okupaciones diarias!

Ante la inacción de las administraciones y cuerpos policiales, el que suscribe no puede más que preguntarse: ¿a qué es debido todo esto? Desde mi humilde opinión, los diferentes gobiernos están traspasando un problema de su competencia al sufrido ciudadano, y más concretamente al propietario. El cual ha de recurrir a la justicia ordinaria, o a una empresa «especializada» para recuperar su posesión. Aparte de la contratación de una alarma para evitar que el hecho se repita. Con todo ello, podemos afirmar que estamos hablando de una «industria de la okupación» que mueve mucho dinero, bien sea por las partes implicadas o por los mismos que okupan de forma profesional o realquilan, con lo cual el hecho criminal aumenta.



Curiosamente, en esta ocasión nuestro gobierno no nos habla de nuestros vecinos europeos ni busca la comparativa, algo a lo que nos tiene acostumbrados. Es lógico que lo haga así, pues España constituye una excepción en este aspecto.

No hay equivalente en ningún país occidental a la permisividad española: por ello nos estamos convirtiendo en un centro de llamada para delincuentes internacionales.

La izquierda española, una vez más, ha vuelto a manipular socialmente para crear un nuevo mantra –así se han proferido frases del tipo «no pasa nada, el piso es de un gran tenedor», «la gente no puede quedarse en la calle», «no existe alarma social para las okupaciones»–, llegando a pasear por diferentes medios a jueces y expolicías, ahora en sus filas, para repetirlos una y otra vez.

Pero a este problema se añaden otros nuevos, ya que normalmente estos pisos okupados son un nido de otras actividades delictivas: a la ya conocida sustracción del fluido eléctrico, en la mayoría de ellos tenemos cultivo y tráfico de droga. Es muy frecuente que cuando, después de mucho tiempo, se recupere la posesión, se encuentren drogas, armas, etc.

Con ello, como hemos comentado al principio, la sociedad empieza a normalizar un hecho delictivo como algo habitual. Incluso ya se empieza a polarizar el querer recuperar una propiedad privada como algo, según ellos, «de derechas o ultraderechas». Nada más lejos de la realidad: se llama Estado de

derecho, y ello obliga a cumplir con la ley y respetar la propiedad privada.
Nada más. Otra cuestión es que haya voluntad para ello.
